



Sexualidades y géneros: ¿dónde los compro?

Iliana García Ayala

Resumen

El ensayo es una reflexión personal en torno a la concepción binaria de género y sexualidad y sobre las instituciones que procuran regularla y mantenerla fija. A su vez, tomo en cuenta lo que parece apuntar hacia la existencia de reciprocidad o retroalimentación por parte de los medios masivos de comunicación y la cultura. En este sentido, planteo que hay cierta elasticidad, que en apariencia trae nuevos paradigmas, pero cuando se mira más detenidamente, nos percatamos que de algún modo se parte de la misma norma, por lo que, al fin y al cabo, se termina por otorgar una condición de naturalidad a la relación género/sexualidad. Naturalidad absolutamente debatible ya que no podemos establecer una frontera clara entre lo natural y lo cultural. Dentro de esta línea, también reflexiono acerca de lo que algunos consideran como tensiones necesarias para que el sistema económico mantenga a los consumidores activos; es decir, las tensiones sexuales y los modelos terapéuticos van de la mano con el consumo y el poder económico. La ansiedad que esto provoca puede ser uno de los detonantes de las disputas más violentas en cuanto a crímenes de odio, violencia machista e intrafamiliar. ¿La sobrepoblación en las cárceles masculinas será producto de la construcción de la masculinidad? Son muchas las preguntas que no pretendo contestar, pero sí cuestionar por el derecho que me da pertenecer a la comunidad humana.

Palabras clave: género, sexualidad, heteronormativa, representaciones, medios de comunicación masivos, instituciones reguladoras.



Abstract

The essay brought forth is a personal reflection on the subject of the binary conception of gender and sexuality and of the establishment that endeavors to effect no change to the existing conditions. Simultaneously, I turn my gaze toward what seems to point to reciprocity or feedback on the part of culture and society as well as of the media. What I am suggesting is that although there is the appearance of a stretch or loosening up of the old paradigm, after a closer look one becomes aware that it springs from the same standard. Given this, the relationship between gender and sexuality remains unchanged as if it were a condition assigned by nature. This casualness is categorically debatable since the demarcation line that separates what is cultural and what is natural is not always easily ascertained. At this juncture, I once again cogitate about what the economic system may consider necessary to manipulate consumption on the part of the consumer using sexual tension and therapeutic models that go hand in hand with consumerism and economic power. Violent crimes such as hate crimes, intrafamily and “machismo” violence may be triggered by the anxiety brought on by the straight jacket of this rigid system. Could it be that over population at male prisons is the result of the social construction of what it means to be masculine? I do not pretend to know the answer to this or other questions but as a member of the human community it is my right and responsibility to ponder on this subject.

Key words: gender, sexuality, heteronormative, representations, mass media, regulatory institutions.



Sexualidades y géneros: ¿dónde los compro?

Iliana I. García Ayala
Maestría en Gestión y Administración Cultural
Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras

Sometido: diciembre, 2010

Aceptado: enero, 2011

Introducción: ¿dónde la encuentro?

El ámbito de las identidades es escurridizo y peregrino. Sin embargo, es parte innegable del desarrollo individual y colectivo. Como bien cultural, forma parte de los derechos considerados humanos. Pero, ¿qué disputas existen en torno a la identidad sexual y de género? ¿A quiénes se les niega dicha identidad a base de invisibilidad o representación estereotipada? ¿Acaso todas y todos estamos de algún modo sujetos a unos roles naturalizados, pero realmente contruidos culturalmente? ¿Cuán rígida se vuelve la concepción simbólica del género, que provoca los actos de la más cruda violencia? ¿Cómo llevar estas discusiones teóricas fuera de la academia en ánimo de una transformación social? ¿Se puede alcanzar una verdadera democratización cultural con políticas inclusivas? La intención de este ensayo es entrar a este laberinto, procurando un hilo de salvación, pero sin la certeza que lo pierda en el camino.

Dogmas, parodias y patologías

Con el fracaso del proyecto de la modernidad y la caída de los macro discursos, ha surgido interés y apertura para estudiar los acontecimientos desde la perspectiva de las fisuras; en esas hendidias donde se encuentra la contradicción que a la vez define y nos



muestra la imposibilidad de totalizar. Esto es tema constante en los campos académicos. Autores como Stuart Hall opinan que la marginalidad nunca ha estado tan de moda. Debates en torno a la subjetividad, la otredad y la alteridad constituyen intentos de organizar el caos pero, simultáneamente, aceptándolo y rindiéndose ante él. Muchos de estos debates han provocado cambios considerables en las políticas de Estado, al trascender los muros académicos y encontrarse en diálogo práctico con el ciudadano de a pie. El diálogo con ese otro, mediado por la carga conflictiva que produce la diversidad, genera tensiones, encuentros y desencuentros. Pero, interesantemente, el cuerpo es uno de los espacios más cercanos que tenemos y podríamos considerarlo territorio cuya ingerencia es íntima y personal. Paradójicamente, es un campo de inagotable misterio, donde los consensos colectivos producen tensiones que se recrudecen en ese diálogo y parecen no tener fin.

Según los estudios de género, la concepción personal y los roles asignados tienen una carga de construcción social y cultural. Para Judith Butler esto va más allá. El sexo asignado, la conformación binaria y fija de lo considerado masculino/femenino y la heteronormativa se nos impone sin nuestro consentimiento en el instante de nacer. En su más reciente libro *Deshacer el género*, explora estos temas sacando a relucir la invisibilidad de los seres que no conforman ese universo dado. Este no pertenecer, o peor aún, no existir, tiene implicaciones de carácter mortal, porque si no existes, no se te considera parte de la comunidad y quedas al descubierto de los derechos básicos para una vida digna. Paradójicamente, continuamos perpetuando paradigmas cada vez más



excluyentes. En esta parte del mundo son menos las personas que encajan dentro de esquemas tan rigurosos como, por ejemplo, la familia nuclear, asumidos como campos incuestionables por dogmáticos. La fijeza que se otorga comúnmente a los conceptos sexo, género y familia parece querer escapar del aspecto dinámico característico de los procesos culturales. La religión, la ciencia, la educación y el estado de derecho, entre otros, fungen como referentes que establecen grados de inmovilidad a las significaciones implicadas en dichos conceptos.

Todas estas instituciones van incidiendo en las políticas culturales ya que son actores sociales y marcan pautas de cómo nos relacionamos socialmente y con qué nos identificamos para establecer nuestra identidad. Si tomamos la religión, en sus múltiples manifestaciones, ésta ejerce una influencia inmensa en sus seguidores. A través de la historia hemos visto su influencia y su poder en la conformación de identidades individuales y colectivas. Para grandes sectores de la población, es un poder incuestionable por su carácter dogmático y encontrarse entrelazado en todo el entramado social al que pertenece. Si pensamos que el discurso de la separación de iglesia y Estado es un hecho a partir de la Ilustración, sólo tenemos que observar, a modo de ejemplo, los conflictos bélicos que se libran actualmente, especialmente después del 9/11.

En el ensayo “La obra del Señor”, Mares Sandoval Vizcaíno, estudiante de Maestría en Antropología, habla de la penetración del protestantismo norteamericano en su país de referencia que es el Ecuador. Nos relata sobre una organización que da ayuda a personas sin hogar, entre los que se encuentran jóvenes, usuarios de sustancias y mujeres.



La instancia organizativa a la que remite, brinda una estructura de apoyo económico y social, pero también los organiza dentro de un esquema binario y riguroso de género. Las labores de los varones tienen que ver con el esquema del líder y proveedor. En cambio, las mujeres se tienen que encargar de lo doméstico y otras labores relacionadas con la diseminación del mensaje religioso, pero como subalternas. Utilizando las escrituras bíblicas como medio de validación de su organización y sus jerarquías, el cuestionamiento a ese orden se vuelve imposible si se quiere permanecer allí.

Esta lectura me pareció que ilustra lo que representa la religión popularmente en nuestros países. Está imbricada en prácticamente todos los quehaceres y sus códigos dirigen a una conducta conservadora y fija de sexualidades y género. Su poder político en Puerto Rico lo podemos apreciar, por ejemplo, en el modo en que los candidatos de turno se acercan a las tarimas del “Clamor a Dios” para ser ungidos por los dirigentes religiosos y ganarse el favor de ese electorado. Con tal de ser un candidato favorecido, se paga el precio aprobando legislaciones que son del agrado de ese sector religioso. De este modo, se ha puesto en juego nuestro Código Civil, se crean cargos relacionados con la fe y no se contemplan legislaciones que democratizen las leyes de matrimonios. Vemos también cómo los sectores religiosos del país tienen cada vez más adeptos, más dinero y más exposición mediática a través de sus propias cadenas de radio y televisión, en las que transmiten música y programas acorde con sus principios. La penetración que han logrado en años recientes hace que su música, por ejemplo, sea consumida como producto del “mainstream”. Con tal penetración no es de extrañarnos que la discusión



sobre distintas formas de devenir, de relacionarnos y de parentesco choque contra un muro de contención. Mientras tanto, la violencia machista y de género sigue cobrando vidas.

Pero, interesantemente, quien ha venido a ocupar un lugar equivalente a la religión, estableciendo postulados y teorías basadas en su método científico, ha sido la ciencia. En su libro *Deshacer el género*, Butler señala que muchos de los obstáculos de las personas con sexualidad ambigua han venido avalados por la ciencia y su empeño en prescribir a partir de una normativa que ella designa heterosexista. Butler puntualiza que un ser humano, en el momento de nacer, por tener una característica genital, va a ser clasificado en uno u otro sexo, con toda la carga social e histórica que esa etiqueta confiere. Además, a ese cuerpo al que se le asigna automáticamente el género correspondiente se le confiere una sexualidad ligada con su sexo y con su género.

Dentro de su escrutinio, cuestiona que no son sólo las ciencias naturales, sino también las sociales. Pone en entredicho el psicoanálisis, con su teoría del tabú del incesto, cuyo discurso parte de la heteronormativa. La información que ella nos brinda es la de un campo científico que históricamente tendía a patologizar a todo el que no cumplía con los parámetros de una plasticidad genital con un género asignado y una sexualidad regulada. Actualmente, los posestructuralistas han traído otros debates a la mesa que permiten una mirada inclusiva y que, además, toman en cuenta otras subjetividades como son la raza, la etnia, la clase, etc. Pero aún hoy, las personas transgéneros, paradójicamente, no pueden prescindir de la patologización, porque si



desean someterse a alguna intervención quirúrgica transformadora, el diagnóstico viabiliza ese objetivo. Como nos dice Butler: “En otras palabras: la persona debe someterse a cierto grado regulador, como lo llamaría Foucault, para llegar a ejercer su libertad” (Butler *Deshacer...* 134).

La autora narra un relato desgarrador de un niño nacido gemelo con otro y con la anatomía reconocible de varón. A los ocho meses se le practica una operación parecida a una circuncisión y es mutilado. Su madre y padre se enteran de unos experimentos que están haciendo en el *Gender Identity Institute* de un doctor llamado John Money. En ánimo de integrarlo a una normativa obligando la anatomía, lo someten a una operación en la que le cambiaron el sexo a femenino y era sometido a cócteles de hormonas. Al cabo del tiempo, fue sometido a otro tratamiento para recobrar su anatomía masculina, porque era con lo que este chico verdaderamente se identificaba. Las palabras de cuestionamiento sobre la identidad que, este ser que se hacía llamar Brenda y luego David, le hacía a la sociedad, además de todo el proceso penoso y cruel que sufrió, magnifica la preocupación científica de ordenar las identidades a partir de una normativa controlada y ejercida fuera de la voluntad del individuo.

Ocurre igual con bebés nacidos con anatomías ambiguas o dobles. Hay un terror ante estos “fenómenos” que la sociedad amparada por la ciencia no puede permitir su devenir y trata de corregir cuerpos en lugar de corregir los entornos sociales para que sean amplios y democráticos. Este es el tema tratado por la película argentina *XXY*, en la que una niña/niño fue sometido a tratamiento de hormonas como niña, por



recomendación de sus doctores y la autorización de ambos padres. Al llegar a la adolescencia la chica se va definiendo como chico ante la resistencia de todos. Luego de pasar por agudas crisis, que incluyeron ataques físicos de parte de un grupo de varones, logra convencer a sus progenitores de su orientación de género y deja de tomar las hormonas. La película explora los conflictos de padre y madre en un entorno de pueblo pequeño, las relaciones de amistad y el despertar sexual de este chico/a. Nos deja con sabor a esperanza con un final abierto en el que no sabemos a ciencia cierta qué ocurrirá. ¿Acaso así no es la vida?

Esto pone de manifiesto la encrucijada de derechos humanos en la que nos encontramos por mantener una estructura de género que no esté abierta a discusión y revisión. La conformación binaria de género, que nos pone camisa de fuerza a todos y todas, se recrudece cuando se forma parte de sectores invisibilizados a los que se les atropella por no considerárseles siquiera humanos. En *Deshacer el género*, Butler insiste en que la conformación del “yo” es a través de la mirada del otro, un otro plural. Esos yos y otros se van definiendo con los distintos encuentros concretos y simbólicos. Por lo tanto, aunque se intente absoluta autonomía en ese devenir, en la performatividad de género procuramos integrarnos a la que mejor conforma nuestra búsqueda de identidad, aún cuestionándola.

Esta contradicción la discutió previamente Judith Butler en su libro *Cuerpos que importan*. Una de sus referencias fue el documental *Paris is burning*, dirigido por Jennie Livingston, en el que nos presenta un centro de actividades en Harlem, New York. Allí se



dan cita hombres negros y latinos gays para presentar bailes y representaciones de distintos “personajes” heterosexuales. Representan divas, chicas universitarias, militares, el chico de la calle, procurando mimetizar su performatividad. Permea una aspiración a pertenecer a la norma y en ese lugar seguro realizan la práctica del engaño. Tienen que ser consistentes en sus ademanes, vestimenta, bailes y gestos para convencer en la pasarela al jurado que los evalúa. Es el micro-cosmos de la sociedad desmontado. Es una triste parodia de los sueños de validación, visibilidad y pertenencia, ya que no poseen la raza, la clase ni el género adecuado.

Butler considera que allí donde se espera la uniformidad del sujeto y la conformidad de la conducta del sujeto, podría producirse el repudio de la ley en la forma de un acatamiento paródico, una repetición de la ley en forma de hipérbole. También expresa que el “yo” que se opondría a su construcción siempre parte, de algún modo, de esa construcción para articular su oposición. Refiriéndose a lo que plantea el documental “Venus” y a la reflexión de una de las entrevistadas, se pregunta si hacer una parodia de las normas dominantes basta para desplazarlas; o si, por el contrario, la desnaturalización del género no puede llegar a ser, en sí misma, una manera de reconsolidar las normas hegemónicas. Además, afirma que esto de ser “hombre” o “mujer” son cuestiones internamente inestables “[...] que son acosadas por la ambivalencia porque toda identificación tiene un costo y que es una norma que nos elige, pero que nosotros, ocupamos, invertimos y resignificarnos, puesto que la norma nunca logra determinarnos por completo” (Butler *Cuerpos...*186). Esta performatividad la vemos en las distintas



orientaciones sexuales y de género. La autora comenta, como dato curioso que refuerza su teoría, la anécdota de reinas de belleza que son entrenadas por transgéneros para que tengan una actuación debidamente femenina.

Más mujer(es) que nunca...

El aspecto performativo en la categoría femenina es utilizado como tema recurrente por la fotógrafa norteamericana Cindy Sherman. Son ya famosos sus autorretratos. Sherman se presenta como mujeres absolutamente diferentes gracias a los cambios de maquillaje, vestuario y accesorios. Muchas de las fotos son clara referencia de personajes del mundo del cine. Se establece un diálogo de referentes y significantes de identidades de las cuales ella se apropia voluntariamente, pero que, a la vez, parecerían arquetipos que nos han acompañado con la intensidad de penetración del medio cinematográfico.

La representación de género a través de los medios es tema de discusión de varios autores. El libro *Female chauvinist pigs* de Ariel Levy, expone los modelos de aparente transgresión de género presentados en los medios masivos de comunicación en Estados Unidos. Discute sobre la vulgarización de la cultura popular, los medios de comunicación masivos y la participación de la mujer en ello. La autora se vale de su oficio periodístico para presentarnos, a través de entrevistas, su investigación sobre la cultura “raunch”, término que podría traducirse como chabacano, en la cultura popular norteamericana contemporánea. También explica la conducta sexual femenina insertada en un discurso considerado por un sector como post-feminismo.



Ariel Levy elabora un despliegue de las distintas representaciones de ese discurso aparentemente trasgresor pero absolutamente masificado. Ella comienza con programas como *Girls gone wild*, en los cuales se presentan chicas, comúnmente universitarias, en sus recesos de primavera en plena movida de playas, bares, fiestas y alcohol. Siempre está presente en este show el comportamiento exhibicionista por parte de las chicas, en cuanto a mostrar partes íntimas del cuerpo o de tener contacto erótico chica con chica. Hay total consentimiento de parte de ellas e, inclusive, según nos presenta la autora, algunas solicitan ser captadas en cámara y tener como trofeo una gorra o camiseta del programa. En otras palabras, el equipo de producción no pasa ningún trabajo para conseguir el material a filmarse. Éste ha pasado a ser un programa con tanta popularidad que, como dije, tienen siempre material disponible y público en los lugares que filman. Ese público siempre está presto a animar o exigir más de las ejecutantes y, de no dar lo que ellos exigen, son presas del ridículo o de más presión.

Levy nos conduce capítulo por capítulo, presentándonos distintas instancias en los medios masivos como televisión, revistas, radio e Internet, donde las mujeres exponen sus cuerpos y adoptan un comportamiento sexual considerado trasgresor. *Howard Stern*, *G-strings divas*, *The man show*, *How to make love like a porn star*, *Maxim*, son algunos programas de radio, televisión y publicaciones que, en seguimiento a Levy, han cobrado prominencia ante el ojo y el consumo masivo. Esto mismo ocurre cuando se hacen públicos videos que exponen relaciones íntimas de celebridades como Pamela Anderson



y Paris Hilton. Lejos de ofenderlas, en el caso de Hilton, parece utilizarlo para lograr más popularidad.

En otras instancias, la industria cinematográfica y televisiva se apropia del discurso de igualdad y poder banalizándolo para sus propios intereses económicos. Las series y los personajes presentados promueven la búsqueda de libertad con imaginarios tradicionales. Tenemos, por ejemplo, a Carrie Bradshaw, personaje de la serie *Sex and the city* como modelo de mujer independiente que ejerce su derecho a la libertad sexual, pero aferrada al sueño del príncipe azul. De hecho, ella representa la sofisticación desvinculada de la realidad. Carrie genera su sueldo como una periodista con una columna sobre el tema sexual, vive en New York, tiene una inmensa capacidad de consumo en vestimenta y su vida social es muy sofisticada. Todo es un “cocktail” que simboliza éxito y poder, pero que no guarda relación con la realidad de millones de televidentes, inclusive alguna que se dedicara a lo mismo que ella en esa ciudad. El mundo representado por ese programa es el blanco, clase media, con las características necesarias del mercado para promocionar productos.

Estas representaciones han sido tema de debate entre ciertos sectores de mujeres, ya que para algunas el modelo que plantean es el del estereotipo de mujer poderosa debido a las múltiples tareas que realiza y la opción que tienen de escogerlas. Este modelo también enfatiza en la independencia económica, la posibilidad de consumo, el poder físico y, sobre todo, el poder sexual. Por otro lado, la proyección que tiene el discurso es el de las necesidades y ansiedades provocadas por el sistema económico



capitalista. Se monta en la ambigüedad de discursos de amplitud de oportunidades, pero los mantiene anclados en los esquemas tradicionales. Además que subraya la necesidad de consumo como modelo terapéutico y transformador. Todo se homogeniza, no hay desigualdades económicas, ni los problemas apremiantes del llamado sector femenino. Problemas tales como las limitadas posibilidades de empleo, la salud y la violencia por razón de género pasan a un segundo plano. La meta es alcanzar el paradigma de sofisticación, juventud y belleza que simboliza el poder, el proyecto y la identidad.

Dentro de este caleidoscopio performativo, Levy describe el afán de un grupo de mujeres heterosexuales entrevistadas, deseosas de superar la “debilidad” de las chicas muy “femeninas”, adoptando un rol machista, que homogeniza la “masculinidad”. Para estas chicas el ser hombre es equivalente a ser macho, es decir, el estereotipo del poder que se traduce en agresividad y dominio. Abundando sobre esta concepción, hay todo un capítulo de transgéneros, cuyo comportamiento es de macho pero casi adolescente. Parecería que se privilegiara la superficialidad, el no compromiso, la distancia y la aceleración del tiempo.

Eva, María o Salomé

Como vemos, la identidad femenina en los medios ha tenido cambios que podríamos considerar inmensos, si tomamos en cuenta los roles representados como cotidianos en décadas pasadas. Sin embargo, se quedan cortos de contenido y con alto grado de espectacularidad. Una espectacularidad vacía, sin verdadera reflexión y manteniéndonos dando vueltas alrededor de los mismos paradigmas reforzados por las



instituciones reguladoras. Todo esto es muy característico de las sociedades postmodernas, según comenta, citando a Andreas Huyssens, David Harvey en su libro *La condición de la posmodernidad*. Harvey afirma que aquello que aparece en un plano como la última moda, el lanzamiento publicitario y el espectáculo vacío forma parte de una lenta transformación cultural en las sociedades occidentales; se trata de una transformación en la sensibilidad para la cual el término “postmoderno” resulta totalmente adecuado (Harvey 56).

Históricamente se ha representado la mujer en el binomio puta/virgen. De hecho, según el diagrama que nos presenta Jean Franco en el ensayo “Killing priests, nuns, women, children” del libro *Critical passions*, el esquema para la construcción de género que se ha privilegiado en el occidente de tradición católica, es el de los espacios privados para la mujer, en cuyo centro siempre está el falo. Ser una mujer de la calle era ser puta del más bajo escalafón, pues ni siquiera está bajo la tutela del burdel. Y ser puta era el peor estigma que no aplicaba igual al cliente que solicitaba su servicio. Sin embargo, en el sistema de oferta y demanda, no hay oferta si no existe demanda.

En los medios televisivos, las telenovelas han sido referentes constantes del imaginario considerado femenino para ser consumido en ese espacio privado. La fórmula común del culebrón es la realización de la protagonista a través del amor monogámico dentro del marco de la familia nuclear. Para conseguir esto debe asumir un comportamiento estereotipado del modelo de mujer: pura, discreta, sumisa, dulce y dispuesta a todo por el amor de su hombre. El hombre también muestra una conducta a



tenor con el estereotipo de proveedor, fuerza y virilidad. A él se le permite entrar en otras relaciones hasta que la protagonista pruebe que es merecedora de su amor. Parecería que en el esquema establecido, la mujer aumenta su valor por ser escogida por ese varón que la completa. Como podemos observar, aunque se entablen representaciones de aparente transgresión como las enumeradas por Levy o, por el contrario, sean tan tradicionales como las que nos presentan las telenovelas, muchas veces la identidad de las mujeres heterosexuales parecería estar sujeta a la mirada del varón y en una frágil relación de poder narcisista.

El cuerpo parece seguir siendo capital simbólico para la mujer. Tal como Jean Franco indica en el ensayo, “Self destructing heroines”: “las mujeres siempre estamos actuando (performing) conscientes que somos sujeto de juicio de la mirada del varón” (Franco 369). Estas representaciones estereotipadas de los géneros están integradas en el “establishment”. Son promovidas y difundidas masivamente gracias al alcance que le brindan los medios de comunicación. El ojo del otro es público y masivo. Un ojo anónimo, amplio, que brinda reconocimiento, validación y poder. Así, los medios se convierten en el vehículo perfecto para el narcisismo, porque al establecer el contacto con el objeto de la seducción, ofrece la distancia adecuada para el “mírame pero no me toques”, “deséame aunque soy inalcanzable”. Como afirma Butler en relación con *Paris is burning*, la cámara representa tácitamente el instrumento de transubstanciación, asume el lugar del falo, como aquello que controla el campo de significación. Continúa diciendo que: “La cámara comercia, pues, con el privilegio masculino de la mirada no corporizada,



la mirada que tiene el poder de producir cuerpos, pero que no pertenece a ningún cuerpo” (Butler 198). Obviamente, debemos observar esto dentro del entramado tan común y complejo de las sociedades occidentales capitalistas y a una historia de fijación rígida de roles. Además, integrado al entramado social, económico y a otros hilos de discursos e intereses que se entrelazan y contradicen: la industria cosmética, la del vestir, la de comida y bebida, la publicidad, el turismo, el fundamentalismo religioso, las disputas de géneros, etc.

Por la esquina del viejo barrio...

La fijación de roles no es privativo del género femenino. Todavía se le exige al varón un comportamiento inquebrantable en el enfrentamiento con el dolor, ser el proveedor del sustento económico y parecería que la agresividad es la única vía de escape ante circunstancias adversas. La hipersexualización es otro atributo que se ha naturalizado en la construcción del género. Esa es la constante en las revistas, programas de televisión, comerciales, videos y canciones populares: hipersexualización masculina, objetivación femenina. El ejemplo más específico que puedo ofrecer es el del género del reggaeton. Éste naturaliza la masculinidad con el modelo de alguien poco educado, con actitudes agresivas, competitivas, mostrando poder económico adquirido con prácticas “gansteriles”. Es el macho de barrio cuya representación es muy parecida, según plantea Alfredo Nieves Moreno en el ensayo “A man lives here: reggaeton’s hipermasculine resident” en el libro *Reggaeton*, al de los cantantes de rap y el hip-hop comerciales



estadounidenses. Al igual que en los videos norteamericanos, la mujer es expuesta como representación de adorno sexual y objeto robotizado.

El surgimiento del género del reggaeton puso de manifiesto los nuevos modelos de representación de los jóvenes en cuanto a estilos de vida y la relación con la sexualidad. Vimos el prestigio que otorgaba el bling-bling, como símbolo de status económico, que, de hecho, otorga más poder en la medida que se relacione más con actos violentos y de mayor crudeza. A mi modo de ver, saca a relucir de forma directa las verdaderas expectativas de éxito, de representación de poder y de género. Un retrato crudo que nos mostraron sin suavizarnos con imágenes o frases almibaradas. Experiencias tan fragmentadas como la edición de un video y metas basadas en un sistema económico que promueve el consumo como símbolo de status. Quienes consumían primordialmente ese producto eran generaciones que tuvieron de cabeza educativa a un Secretario de Educación que culmina su ejecutoria en la cárcel por corrupción. Es lo paródico de la performatividad de los géneros en la cultura y los medios de comunicación, en relación directa con las apariencias propiciadas por el sistema capitalista y su concepción de poder.

Jesús Martín-Barbero plantea, en su artículo “Jóvenes: comunicación e identidad”, que la educación tradicional está en franca crisis en un momento en que los medios de comunicación han logrado la contracción de espacio y tiempo relacionada con los avances tecnológicos. Cito directamente a Martín-Barbero: “Y para ello necesitamos una escuela en la que aprender a leer signifique aprender a distinguir, a discriminar, a



valorar y escoger dónde y cómo se fortalecen los prejuicios o se renuevan las concepciones que tenemos de la política y de la familia, de la cultura y de la sexualidad. Necesitamos una educación que no deje a los ciudadanos inermes frente a las poderosas estratagemas de que hoy disponen los medios masivos para camuflar sus intereses y disfrazarlos de opinión pública”. Mientras tanto, el discurso de los valores y la religión parecen ser las herramientas para desestimular comportamientos agresivos o tener la reflexión políticamente correcta en la que los medios y el Estado parecen coincidir. Sin embargo, lo que es evidente es la proliferación de embarazos en adolescentes, el aumento del VIH en las prácticas heterosexuales, muerte de niños/as a manos de sus progenitores, desenfreno de violencia machista y aumento en los crímenes de odio.

El Estado parece vivir enajenado o es un árbitro parcializado hacia los grandes intereses ante un problema tan serio de salud pública y no ofrece verdaderas soluciones. Por el contrario, toma la posición de los grupos fundamentalistas religiosos que prefieren reprimir antes que hablar con un discurso articulado, libre de juicios y prejuicios, sobre el tema sexual como parte integral de la identidad de la diversidad humana. Discursos de abstinencia, de invisibilidad de la diversidad, privilegio a la reproducción en lugar del conocimiento del cuerpo y sus opciones, mantener en el plano del tabú el derecho al aborto, privilegiar la familia nuclear por encima de otros modelos de parentesco, son sólo unos pocos ejemplos de lo limitado de la política pública del Estado. Todo ello apunta a que parece debatirse en la ansiedad por y hacer cumplir la norma.

El “freak show”



Regreso nuevamente a la representación en las artes para discutir la peligrosidad de la visión binaria y estereotipada de género y sexualidad. La obra teatral *Laramie Project* de Moises Kaufman expone una compañía de teatro que se mueve a un pueblito de Wyoming ante la preocupación de un asesinato de un joven gay. En la investigación generada por la compañía vemos a un pueblo, cuyos miembros se consideran a sí mismos como tolerantes. Era casi inconcebible que hijos de esa comunidad fueran capaces de un crimen tan atroz contra un estudiante de la universidad de dicha orientación sexual. Aunque los habitantes del pueblo se pensaban abiertos a la diversidad, a medida que vemos el avance de las entrevistas nos damos cuenta que este crimen de odio se sostenía de una homofobia latente y apoyada por el status quo. Se vuelve dramático asumir que en un lugar donde la política era “vive y deja vivir”, surgiera un crimen de esta naturaleza, porque, al fin y a la postre, señala unas justificaciones basadas en aprendizajes normalizadores.

Otro ejemplo, en este caso cinematográfico, es la película *Boys don't cry*. En ésta se narra la historia de Brandon, una chica identificada como chico. En la cotidianidad, mantiene esa identidad e incluso cuando hace el amor con su novia, logra mantener la normativa de varón esperada por su pareja. Hay toda una conformación fetichista que permite que se entable esa fantasía, sin que se establezca desde una práctica lésbica. Al ser descubierta esa identidad transgresora, perturba a tal grado a los chicos, que éstos someten a una golpiza y violan a Brandon para que conforme el género que le “corresponde”.



Siento que estos ejemplos ilustran adecuadamente las posturas sociales de fijación de roles por género y sexualidad. Además que visibilizan la necesidad de discusión para la diversidad en sociedades como la nuestra. Sin embargo, en Puerto Rico se visibiliza muy poco esta diversidad a nivel mediático y las representaciones que más abundan son las de estereotipos o fenómenos de circo. Con contadas excepciones, todavía se entrevistan a transgéneros en programas de horario estelar para ganar audiencia. Los personajes de sexualidades fuera de la normativa son objeto de burla y todavía se les niega visibilidad en el plano cotidiano. Entiendo que al haber representaciones tan limitadas y discriminatorias ante la diversidad, provoca que se agudice la brecha de inclusión de los derechos comunes de cualquier ciudadano. Es como si todo se orquestara para discriminar entre quién existe y quién no, por lo tanto, quién está amparado o no por las leyes.

Judith Butler problematiza sobre estos asuntos en su libro *Deshacer el género*. Afirma en él que, si a un sector se le niega su existencia o si se le considera como fenómeno, no lo cobija la concepción de humano. Por lo tanto, esa persona no es merecedora de derechos tan básicos como el duelo. Ella nos recuerda cómo esta discusión sobre quién es humano y quién no, nos ha acompañado en distintos momentos históricos dirigido contra distintos grupos subalternos: mujeres, negros, indígenas, etc. Derechos a relaciones de parentesco y de pareja reconocidas por el Estado son otros de los temas que ella trae a colación. Si bien ella considera que esas estructuras perpetúan una normativa heterosexual, entiende que es prerrogativa de cada quien acogerse o no a dichos modelos.



Además, considera que pasado el surgimiento del SIDA, la comunidad LGBTTT ha procurado una visibilidad estratégica en referencia a la normativa en ánimo de integración a las leyes que posibiliten el apoyo a sus seres queridos.

El modelo de familia basada en lazos sanguíneos sirve a Butler para sustentar que esta institución funciona como normalizadora heterosexual (Butler *Deshacer...* cap. 5). Una heterosexualidad monogámica que descarta cualquier otra forma de relación amorosa y de parentesco. Pasando por alto las distintas motivaciones y formas que el concepto familia ha tenido históricamente y tiene en distintas latitudes, en las sociedades occidentales el modelo que se privilegia es el de la hetero-normativa. Se deja en las manos del Estado decidir cómo vamos a organizar nuestros afectos si queremos ser considerados ciudadanos de bien. Sólo tenemos que recordar el escándalo de opinión pública provocado por la relación familiar del señor William Elías y sus compañeras. Era inconcebible que tuvieran un entorno familiar saludable y estable dentro del paradigma seguido por él y ellas, aun cuando parecía que estaban de acuerdo en el modelo de relación establecido. Todo indica que mientras no se toque la estructura monogámica y la familia nuclear, se pueden llevar dobles vidas, ya que aún ese doble estándar ético está bien visto por el status quo. Las ansiedades provocadas por conformar ese modelo, me pregunto yo, si no es parte de las razones que inciden en la violencia intra familiar y la violencia machista.

Conclusión: ¿otro mundo es posible?



La fijeza de roles en el campo de relaciones heterosexuales y el concepto de propiedad del ser amado se me ocurre que se relacionan con la violencia que se ha disparado o quizás, visibilizado. Es como si un grupo hegemónico se sintiera amenazado por la pérdida de identidad y recurre a todo, incluso la violencia, para mantener la concepción de sí mismo. Curiosamente, este modelo de pareja y de violencia no es exclusivo del sector heterosexual. Parecería que se extrapolara la heteronormativa a parejas de otras orientaciones sexuales. A la luz de lo expuesto, considero crucial desmontar los discursos hegemónicos en torno al tema de género y sexualidades. De este modo, podríamos figurarnos una democracia más real. En esto adjudico a los gestores culturales un papel significativo en la toma de decisiones basadas en el reconocimiento de la diversidad para la configuración de políticas culturales inclusivas que incidan en la transformación social.

Las artes, como comentaba la doctora Mareia Quintero Rivera en entrevista del programa “La voz del Centro”, son agentes de cambio y reflexión en las sociedades porque condensan cómo la sociedad se piensa a sí misma y los mundos alternos que puede imaginar. En ese sentido, podemos observar en Puerto Rico varias iniciativas en torno a estos temas: el Colectivo Homoerótica, el Festival de Teatro del Tercer Amor, obras teatrales que abordan temas de la sexualidad desde la óptica de las mujeres, entre otros. Además, los medios de comunicación nos dan acceso a blogs de discusión sobre sexualidades, canales de cable gays, series norteamericanas como *Queer as folk* o *The L Word*. A mi modo de ver, todos representan espacios importantes, pero todavía nos traen



temáticamente un panorama de parcelas que no se encuentran entre sí en el marco de lo cotidiano. Además, segregan a su teleaudiencia por ser un público ya convencido de la necesidad de visibilidad y por demás ansioso que eso suceda, ya que garantiza un lugar en la sociedad humana. Pero la visión con la que más concuerdo es la de integración con aprecio a la diversidad cuya temática esté tratada desde una perspectiva cotidiana, lo que esa cotidianidad represente según cada experiencia. Series televisivas españolas como *Aída* o *Aquí no hay quien viva* y la serie norteamericana *Glee*, presentan personajes en sus entornos cotidianos y sus particulares situaciones. Considero que son modelos a observar, si queremos visibilizar democráticamente la diversidad en las artes o los medios de comunicación, más allá de los espacios académicos.

Sin embargo, sería un proyecto definitivamente transformador si esta visibilidad fuera promovida en el ámbito educativo formal desde muy temprana edad. Esta es la opinión que, precisamente Beatriz Preciado, filósofa, ensayista y profesora de la Universidad París VIII, apoya en la entrevista que se le hiciera en el diario español *El País*. Desde su perspectiva de transgénero española, considera que la violencia de género se produce por las normas de masculinidad y feminidad que deben ser modificadas en los modos de educación en la infancia. A lo que yo añado que en los libros infantiles se deben mostrar distintos modelos de familias, sexualidades y géneros. Cualquier niño, niña o adolescente que escape a la “norma” agradecería verse integrado/a, reflejado/a y considerado/a como un igual; superando de este modo la presión de esconderse, arreglarse o avergonzarse por su manifestación de género, sexualidad o entorno familiar



EL AMAUTA NÚMS 8/9

ENERO 2012

del que proviene. Cuentos populares que narren sobre el amor diverso, composiciones musicales que versen sobre relaciones de equidad y telenovelas que proyecten la variedad de familias y parejas, serían algunas formas, entre muchas, de gestionar a favor de un devenir amplio, democrático y flexible. Aceptar y celebrar la diversidad de personas conformadas en variedad de relaciones y parentescos es parte de otro mundo posible.



Referencias bibliográficas

- Butler, Judith. *Deshacer el género*. Madrid: Espasa Libros, S.L.U., 2006.
- _____. *Cuerpos que importan*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 2002.
- Franco, Jean. *Critical Passions*. Durham: Duke University Press, 1999.
- Harvey, David. *La condición de la postmodernidad: investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu, 1998.
- Levy, Ariel. *Female chauvinist pigs: women and the rise of raunch culture*. New York: Free Press, 2005.
- Martín Barbero, Jesús. “Jóvenes: comunicación e identidad”, en *Pensar Iberoamérica, Revista de cultura*, no. 0 -febrero 2002.
<http://www.oei.es/pensariberoamerica/ric00a03.htm>
- Nieves Moreno, Alfredo. “A man lives here: reggaeton’s hipermasculine resident”, en Raquel Rivera, Wayne Marshall, Deborah Pacini Hernández (eds.), *Reggaeton*. Durham y Londres: Duke University Press, 2009.
- Preciado, Beatriz. “La sexualidad es como las lenguas. Todos podemos aprender varias” *El País Semanal*.
www.elpais.com/articulo/portada/sexualida/lenguas/Todos/podemos/aprender/varias/elpepusoeps/20100613
- Quintero Rivera, Mareia. Entrevista hecha en el programa “La voz del Centro”. Disponible en *Boletín de la Maestría en Gestión y Administración cultural*, noviembre- diciembre, 2010. <http://mapacultural.files.wordpress.com>
- Sandoval Vizcaíno, Mares. “Una obra del señor: protestantismo, conversión religiosa y asistencia social 1”, Carmen Martínez Novo, “Religión, política e identidad: Presentación del dossier”. *ICONOS*, Revista de Ciencias Sociales, no. 22, mayo 2005.
<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/ecuador/flacso/iconos/ICONOS%2022/Iconos22martinez.pdf>